

Patricio Mardones Hiche

En 1932 Henry-Russell Hitchcock y Philip Johnson identificaron –desde un museo, a través de una exposición y la publicación correspondiente– un conjunto de rasgos de la nueva arquitectura de la época. Como afirmó Tournikiotis, el establecimiento de aquel código nítido proporcionó una eficaz herramienta para la reproducción de esa arquitectura: veladamente, se produjo un verdadero “manual para ser moderno”, ciertamente instrumental y con rasgos prácticos poco frecuentes en el ámbito de la crítica de arquitectura. El nombre escogido por los autores-curadores para esta forma de proyectar y construir surgió durante la década del veinte fue “Estilo Internacional”.

Independiente de su pertinencia, esta denominación se adelantó en manifestar el valor y el prestigio que alcanzaron en las décadas recientes la ausencia de fronteras, la ubicuidad y la circulación. Más recientemente, otra palabra –ya manida a estas alturas– encarnó con insistencia esta aspiración: “global”, una palabra que omite la idea de nacionalidad para vincularse a la imagen de una red de puntos: luego de un siglo de imperios y otro de naciones, esta es definitivamente en una época de ciudades.

Claro que la ilusión de lo global y la supresión de fronteras parece ser más producto del entusiasmo que el de una elaboración reflexiva. ¿Es posible hablar hoy de una cultura única y global cuando las diferencias entre costumbres locales siguen siendo potencialmente tan atractivas como conflictivas? Las señales son mixtas: por momentos pareciera que estamos en un momento muy bajo del péndulo de los intercambios, cuando los controles en aeropuertos y pasos fronterizos se endurecen mientras muchos países aumentan las regulaciones para la inmigración. Pero por otro lado, aumentan tanto el número de viajes como los programas de becas internacionales; lo mismo ocurre con los mecanismos universitarios para profesores visitantes, por dar algunos ejemplos.

El ámbito de lo internacional, ¿se consolidó como una realidad transversal, en los términos que anunciaban Hitchcock y Johnson? Ante la visión homogénea y más bien estandarizada contenida en esa primera definición, la segunda edición del año 2011 de *ARQ* intenta detenerse más bien en las fisuras de lo global, en sus desfases y contradicciones: en las áreas donde se mantienen las diferencias y se posibilitan traspasos de conocimiento, donde aún no hay visiones, tecnologías ni costumbres compartidas. Tres contribuciones revisan el alcance del intercambio en el contexto de la arquitectura americana mientras seis casos de ejercicio profesional muestran diferentes niveles de roce con una cultura arquitectónica distinta: la importación de un programa y un modelo social, el encuentro con técnicas constructivas vernáculas, el cruce entre una pesquisa formal y la tradición de los silos de hormigón, entre otros, recuerdan la incómoda pero fructífera sensación de sentirse extranjero.

It was 1932 when Henry-Russell Hitchcock and Philip Johnson – from a museum, by means of an exhibit and its catalogue– identified a number of features present in the new architecture of their time. As Tournikiotis stated, the establishment of such a clear standard allowed for easy reproduction and diffusion of these fresh architectural ideas. Their initiative contained a veiled “how-to-be-modern” manual, an unusually pragmatic product arising from the realm of critics in the 20’s promoting another way to design and build; the authors and curators called it “International Style”.

Leaving its relevance aside, this term was ahead of its time in many ways. It emphasized the appealing prestige that the absence of frontiers, circulation and ubiquity acquired some years later. More recently another word keenly embodied this same aspiration, to the point of weariness: “global”. This time, the image of a complex network takes over the idea of nationality; after a century of empires and another of countries, the century of cities has arrived.

Of course both the absence of frontiers and the global world seem like an illusion coming from naïve enthusiasm rather than elaborated thought. Does it make sense to talk about a single, global culture when differences between people’s customs and ideas are potentially appealing and conflictive at the same time, being the reason for change and reflection? It is a scenario of mixed emotions: while airport and borderline controls toughen throughout the world, and with it immigration regulations, there is an exceptional increase in overseas traveling, international scholarships and visiting faculty programs, just to name a few examples.

Has the “international” domain become widespread, in the sense pointed out by Hitchcock and Johnson? Facing that early definition that pictured a homogeneous, highly standardized world, the present *ARQ* issue aims to examine the broken points and cracks of the global realm, embracing its contradictions and gaps. *ARQ* 78 - *Foreigners* tries to highlight those areas where knowledge and cultural transfers are possible and differences are significant and productive; it focuses on ideas, shared technologies and customs. This time, *ARQ* presents three contributions on architecture and cultural exchange in the Americas and six works that show different levels of friction between different architectural cultures: urban behavior and its space transferred from one city to another; the encounter with vernacular building techniques; research on new strategies in material form meeting the tradition of concrete silos in the countryside, amongst others, recalling a sometimes uncomfortable but fruitful experience: that foreign feeling.